



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año II



10 de noviembre de 1888



Núm. 54



EL DESPERTAR
Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA

RECIENTEMENTE ha ocurrido en París un hecho que ha causado profunda impresión en el ánimo de los hombres pensadores.

Parece ser que en uno de los liceos ó colegios de segunda enseñanza de aquella civilizada metrópoli, un niño ha herido á otro, bastante malamente; pero no es esto lo peor, sino que, después de cometida la hazaña, examinóse con toda tranquilidad, y aun se dice que obtuvo muy buena nota.

Hasta aquí el hecho no dice nada, pero vamos á ver qué causas precedieron á la referida violencia.

El agresor es un niño de carácter dócil, apocado, de poca

salud y escasa robustez. Ya fuese por esto, ya por otro motivo, ello es que algunos de sus condiscípulos lo habían tomado por blanco de sus burlas insostenibles y de sus atropellos brutales, haciendo de su pobre compañero el *sú-frelo todo* de la clase.

Lo que en España llamábamos antes *vejámenes* y ahora *novatadas*, y en Francia llaman *brimades*, restos vergonzosos de los peores tiempos de la edad media, eran el pan de cada día tratándose del estudiantito que decimos.

La cosa llegó á tal extremo que, desesperado el niño, loco, fuera de sí, armóse, yo no sé con qué, esperó al capataz de sus verdugos y... ya he dicho lo que ocurrió.



Los caballos de un niño

Este hecho se presta á varias consideraciones. En primer lugar es un nuevo síntoma del carácter de violencia que van tomando las costumbres, como si el progreso material no contribuyese en lo más mínimo al progreso de la ley moral, enteramente comprendida dentro del cristianismo.

En segundo lugar revela la obstinación con que se perpetúan los malos hábitos. (Un conocido de mi familia está encerrado en un manicomio de resultas de una novatada.)

En tercer lugar es un argumento más en favor de la propagación de la gimnástica, pues es de suponer que si el niño hubiese tenido mejores puños no hubiera acudido al medio execrable de que se valió. De seguro que no ocurrirá nunca un hecho así en Inglaterra, donde la *boxe*, esto es, las peleas á *trompis*, constituyen una de las reglas de educación más estimadas de los pedagogos.

En cuarto lugar dice poco en favor de la dirección del colegio, pues es de suponer que el niño se quejaría á los maestros antes de llevar á cabo su vi-tando delito.

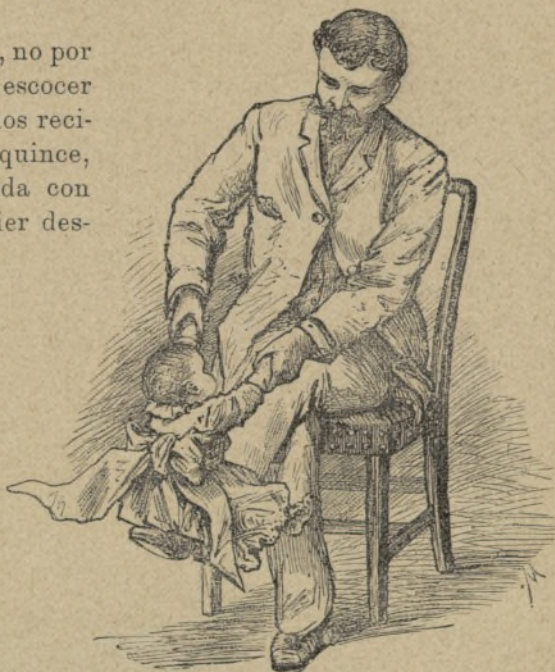
En quinto lugar proclama á voz en grito que hay niños que con serlo son tan miserables como el último miserable con barbas, pues es innoble villanía reunirse un grupo para mofarse de una pobre criatura sola y atropellarla cruelmente.

En sexto lugar... Pero creo, con lo dicho, que hemos sacado ya bastantes corolarios de nuestro teorema. Vayan ahora algunos escolios.

Haré presente á los niños que, no por serlo en temprana edad, dejan de escocer y ser quizás indelebles los agravios recibidos en esta sazón. Pasan diez, quince, veinte, treinta años, y se recuerda con mal encubierta aversión cualquier desagradable incidente ocurrido en el primer año de latín. Hay que evitar, por lo tanto, dar ocasión á antipatías dimanadas de alguna burla cruel ó de alguna mortificación de esas que con diabólico ingenio saben inventar algunos niños.

Yo no os diré si quizá me encuentro en el caso de tener sentado todavía en la boca del estómago á algún condiscípulo grandullón del primer año de matemáticas, ó de no haber logrado olvidar alguna desatención de tal ó cual comatricula-do en facultad mayor; pero en apoyo de lo que digo citaré á Alejandro Dumas, de la Academia Francesa, y á Enrique Fouquier, uno de los primeros escritores de aquella nación que han dicho antes y mejor que yo lo que arriba he expresado.

Ya sabemos lo que son estudiantes, ó lo que en la actualidad más ó menos justificadamente se denomina *cuerpo escolar*. Sería estúpido exigir que sus relaciones estuviesen calcadas en las formas cancillerescas: la broma, la *guasa*, la *chunga*, la chanza, el humor maleante, el bullicio, la gresca, son su natural elemento, y sería una cosa horrible que sucediese lo contrario. Pero hay que cuidar de que la broma no resulte una infamia, y la burla un agravio mortal, y la novatada un crimen.



Los caballos de un niño

Afortunadamente esto se ve poquísimo por aquí; pero nunca está de más avisar el peligro, para que cualquier día no salgamos con que se registre algún delito por el estilo del que os he referido.

Lo cual sería tanto más de sentir en cuanto que en Francia el Jurado absolverá probablemente al agresor, y aquí probablemente no lo absolvería nadie.

Efectivamente: los tribunales españoles son, al parecer, poco dados á sensiblerías, aun tratándose de estudiantes.

Hace pocos días un fiscal ha pedido ocho años de presidio (¡atiza!) para un pobre diablo que, según resulta, alquiló á otro para que se examinara en su nombre. ¡Terrible trueque de carrera!

Resumiendo: tened presente la máxima cristiana de que «no quieras para nadie lo que para ti no quieras,» aprended gimnástica, y cuidad de que jamás se os pueda empapelar, aunque esto último está por demás decirlo, pues sólo á un estudiante indigno ó loco se le ocurre comprar á otro para que vaya á examinarse por él, y aun es más delincuente el que acepta que el que propone.

Con lo cual doy punto á esta homilia, con el propósito decidido de charlar de cosas más divertidas en el próximo *Rato*.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



HIGIENE INFANTIL

MI PROGRAMA.—LO QUE HAY.—UNA PROTESTA



ÚNPLEME ante todo tranquilizar á mis lectores: no les amenazo con exigirles imposibles, ni menos me propongo predicar como un misionero en tiempo de cuaresma. Seré tolerante, tendré la manga muy ancha, y procuraré demostrar que la higiene no consiste en llenarse de privaciones y de obligaciones, sino en secundar los propósitos de la naturaleza y en aplicar á la salud los principios generales del sentido común. Esta higiene podrá no ser muy *científica*, pero á lo menos será *posible*, *hacedera*.

Dicho esto, empecemos ya.

Los tiempos son poco favorables á la tranquilidad de las familias. Las enfermedades eruptivas abundan que es una bendición (para los médicos y boticarios), y es de creer que durarán bastantes meses. Escarlatina, viruela, miliar, sarampión, etcétera, etc., se meten por todas



Los caballos de un niño

partes. Por lo tanto, los padres que, sin rayar en timoratos, deseen preservar á sus hijos, harán bien en vacunarles, si no lo están, y en enterarse de si en las escuelas y colegios ha habido niños que hayan cogido algo, y en consecuencia no enviarles allí; pero no por eso hay que tenerlos encerrados, sino sacarlos á paseo. Aire sobre todo.

Una medida que sería muy buena, caso de ser posible, consistiría en lavar la ropa en casa, á fin de que en los lavaderos públicos, ó mezclada con la demás que se lleva la lavandera, no se contamine. Tengo esto por una de las causas más activas de propagación de muchas enfermedades.

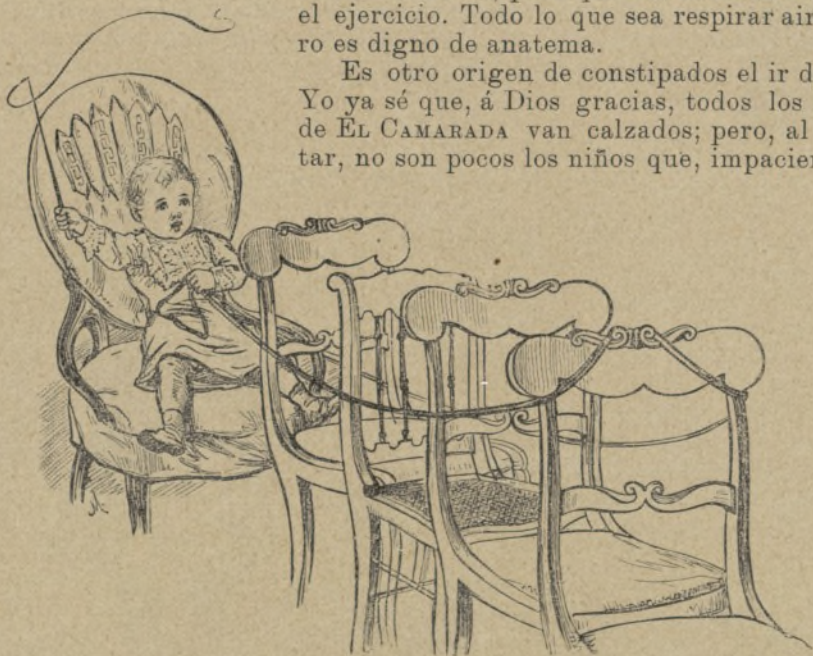
Respecto á la escarlatina hay quien cree que es un buen preservativo el dar cada veinticuatro horas cuatro gotas de tintura de belladona, en agua, á los niños. Esta práctica, en todo caso, no puede ser peligrosa, y no cuesta nada ensayarla.

Tampoco cuesta gran cosa lavar á los niños con agua ligeramente adicio-

nada con unas cuantas gotas de timol. Esta sustancia huele bien y quizás puede contribuir en algo á procurar cierta inmunidad. Sobre todo, no puede ocasionar ni remotamente el menor daño.

Toda medida extraordinaria ó gravosa en cualquier concepto, es siempre desagradable, y por lo mismo no es de aconsejar; lo cual no quiere decir que deba cerrarse los ojos á toda imprudencia. Cúidese de que los niños no se resfrién, pero no por eso se los tenga reclusos. Los teatros son un lugar en donde se pillan muchos constipados, y en su vista no es de aplaudir el llevar allí á los niños, para quienes nada es mejor que el ejercicio. Todo lo que sea respirar aire impuro es digno de anatema.

Es otro origen de constipados el ir descalzo. Yo ya sé que, á Dios gracias, todos los lectores de EL CAMARADA van calzados; pero, al despertar, no son pocos los niños que, impacientes por



Los caballos de un niño

esto ó lo otro, se levantan de la cama y andan con los pies desnudos por el suelo, probablemente todavía sin esterar ó alfombrar. Esto es malo cuando, por fortuna, no se está acostumbrado á prescindir del maestro de obra prima.

Respecto á alimentación siempre es bueno evitar excesos. Disertar sobre este punto sería repetir las verdades de Perogrullo. Yo confío en que todos mis lectores tienen suficiente criterio para evitarse una indigestión.

Aquí concluiría por hoy si no tuviese prisa de protestar, aprovechando la ocasión, contra una porción de excesos cometidos en nombre de la higiene. Nada más horrible que la costumbre de tener guardados á los chicos en casa como bajo una campana de cristal; nada más detestable que prohibirles entregarse á sus juegos más ó menos ruidosos; nada más odioso que estarles continuamente atosigándoles con brebajes y pocimas; nada más reprehensible que forzarles á coger los libros (en edad temprana, se entiende, hasta los diez ó doce años) si ellos prefieren saltar ó correr; nada más contraproducente que estar de continuo sobre los arrapiezos, temiendo no caigan malitos.

La infancia necesita mucha libertad de movimientos, repugna toda fatiga intelectual, y exige aire, luz y alegría en abundancia. Faltando eso, toda higiene es inútil.

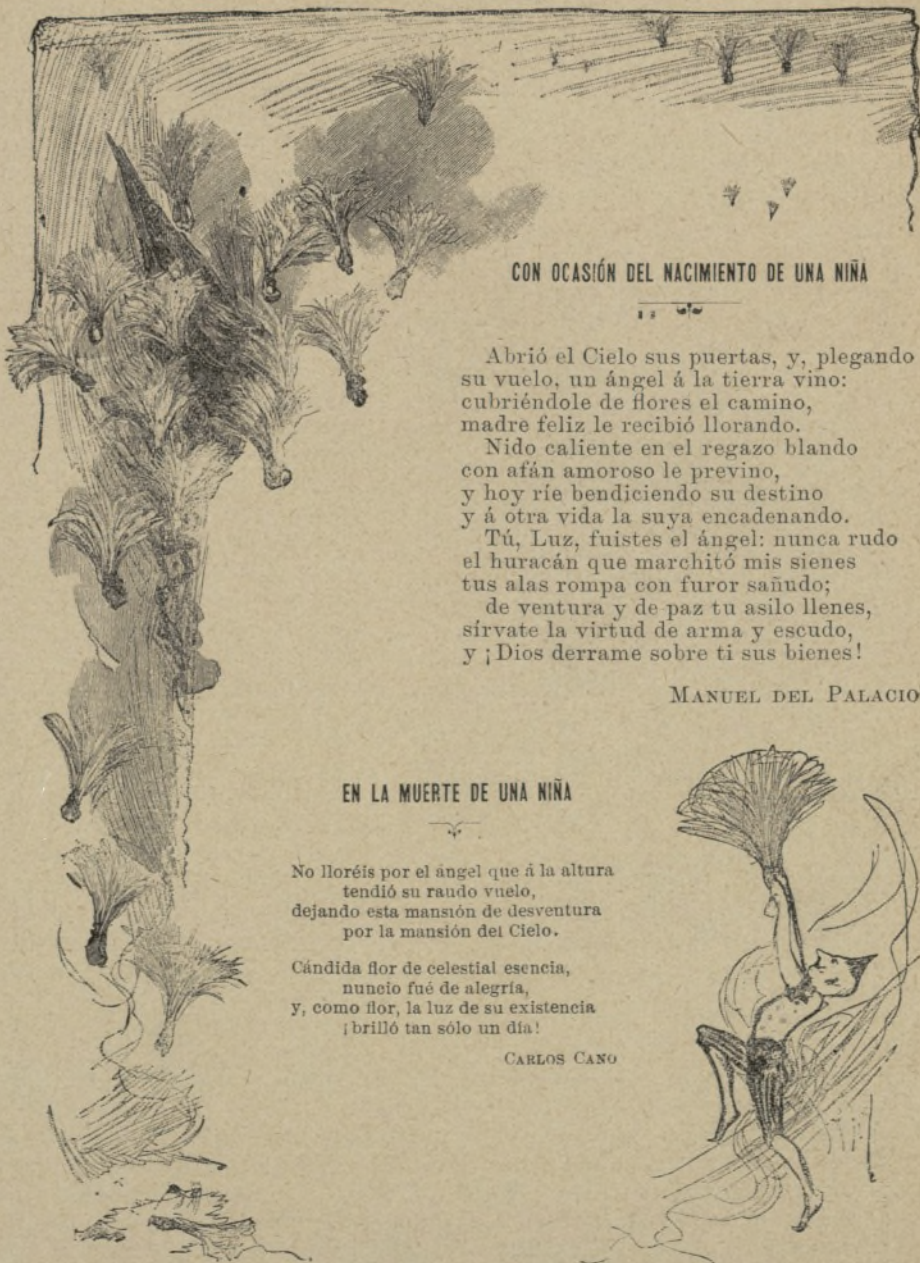
Con lo dicho basta para que se forme idea de mi manera de pensar, basada en una experiencia ya no corta. En los artículos siguientes iré desarrollando, sin que se advierta demasiado, lo que he apuntado hoy, teniéndome por bastante recompensado si los niños acaban por ver en mí un *defensor*, no un tirano.

DOCTOR PÁNFILO





La niña de doce años



CON OCASIÓN DEL NACIMIENTO DE UNA NIÑA

Abrió el Cielo sus puertas, y, plegando
su vuelo, un ángel á la tierra vino:
cubriéndole de flores el camino,
madre feliz le recibió llorando.

Nido caliente en el regazo blando
con afán amoroso le previno,
y hoy ríe bendiciendo su destino
y á otra vida la suya encadenando.

Tú, Luz, fuistes el ángel: nunca rudo
el huracán que marchitó mis sienes
tus alas rompa con furor sañudo;

de ventura y de paz tu asilo llenes,
sírvene la virtud de arma y escudo,
y ¡Dios derrame sobre ti sus bienes!

MANUEL DEL PALACIO

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA

No lloréis por el ángel que á la altura
tendió su raudó vuelo,
dejando esta mansión de desventura
por la mansión del Cielo.

Cándida flor de celestial esencia,
nuncio fué de alegría,
y, como flor, la luz de su existencia
¡brilló tan sólo un día!

CARLOS CANO



El cardo caído

EXPOSICION UNIVERSAL

QUEDAMOS, en mi última reseña, en que hoy hablaríamos de las *Galerías del Trabajo*, departamento el más frecuentado del Palacio de la Industria.

¿A qué deben el nombre con que se las designa, cosa es que no he logrado explicarme con la lógica y claridad apetecibles. Mejor, infinitamente mejor, les cuadraría que las denominaran *Galerías de Venta*, ó de la *Feria*, porque en realidad no es más que una feria pintoresca, con alguno que otro toque de brillante color, cuanto allí se ve instalado.



La pesca de Federico

venden así, desde los pitos adornados con los retratos de Balaguer, Castellar, Camacho (no el de las célebres bodas, sino un Neker de lance que le ha caído á nuestra administración), Frascuelo, Toreno, Juan Breva y Romero Robledo, hasta flautas adornadas con otras celebridades.

Contrastan abiertamente con esas instalaciones callejeras, las joyas que se expenden á precios verdaderamente fabulosos é impropios de tan modesto lugar. Francamente, el que lleva intención de gastar algunos cientos de francos en una alhaja, no es lo más verosímil que la compre en un rastro de primer orden, sino en una instalación debidamente montada y donde, si no tiene mérito, á lo menos lo parezca, lo que se compra. Sin embargo, lo más notable, lo más característico del departamento que nos ocupa, no son las instalaciones citadas, ni las infinitas pertenecientes á rusos, turcos, japoneses, italianos y

franceses, que exhiben deliciosamente diversidad de objetos, algunos de ellos notables por su originalidad; ni las instalaciones de frutas de jabón elaboradas con tal arte que con dificultad se consigue distinguirlas de las del natural, ni los pabellones donde se bordan pañuelos al minuto, ni las dulcerías, ni esos infatigables vendedores que no se cansan de vocear *!le grand succès de l'Exposition!*, ofreciendo al comprador los objetos más simples é insignificantes. No: lo típico, lo que ha conseguido verdadera popularidad, es el *hombre de las patatas*, bautismo que el vulgo ha echado á un vendedor que se dedica á la venta de cuchillos y otros instrumentos destinados á mondar, reducir y adornar dichos comestibles.

El tal sujeto es una especialidad en su clase, eso es, en la de propagandista de esa mercancía: parece nacido para charlar y mondar patatas. Desde que se ha inaugurado la Exposición debe ser imponente el número de arrobas que ha mondado. Sus dedos son una maquinilla destructora: serían capaces de agotar toda la cosecha de Galicia y la Mancha, que es donde más abunda el comestible.

A todas horas se ve en torno suyo un corro compacto de curiosos que le atienden y contemplan con curiosidad infantil; y él, que parece aumentarse á la vista de la gente, aumenta su palabrería, ponderando como á maravillas en su clase las mercancías que expende.

A esta circunstancia se debe que el *hombre de las patatas* sea uno de los expositores que mejores ganancias realiza, á pesar de ser aquellos artículos los menos graciosos y llamativos de cuantos se expenden en las galerías.

Es verdad que no abundan en ellas las novedades, y que tan sólo los turcos venden alguna que otra cosita agradable, bien que en sus instalaciones nada alegra la vista ni causa grata impresión. Como abundan en ella los objetos de la Tierra Santa, su misma sencillez les da un sello de severidad que no consiguen borrar ni la autenticidad innegable de los objetos expuestos, ni la amabilidad francesa de los vendedores, judíos todos ellos.

Estos en su mayoría hablan francés; pero si se les pregunta de qué país son, contestan que de España. ¡Qué preocupación y á la par qué tenacidad la de esas gentes! ¡Qué destino tan triste el de su raza! ¡Llaman su patria á la que más fieramente los trató un día! Pero ¿qué han de hacer? ¡Cómo es posible vivir sin patria! Ellos no la tienen: España no lo es; pero su generosidad le impone el deber de serlo adoptiva de cuantos se acogen á su hidalga hospitalidad. Además, á los vencidos y á los proscritos hay que ampararles y defenderles siempre. La desgracia ni se discute ni se analiza: se respeta. La energía y la entereza, la ostentación de rutinarios escrúpulos, se reserva para emplearlos con el que se pueda defender, ó con el que, engreído por los favores de la suerte, nos intentase humillar.

BENJAMÍN



* NUESTROS GRABADOS *

EL DESPERTAR

Conócese que el buen dibujante ha hecho un estudio especial de la manera que tienen de despertar los niños, pues no cabe mayor exactitud que la de ese grabadito. Hora crítica es aquella, pues no parece sino que al niño le duele extraordinariamente haber perdido el tiempo durmiendo, pensando, con razón, que harto tiempo habrá de quedarle para gozar de las delicias del sueño.

LOS CABALLOS DE UN NIÑO

El primer caballo de Roberto fué la rodilla de su nodriza, caballo en que no podía sostenerse por sí solo. El segundo fué la bota de su papá, en la que el movimiento era más rápido, por lo cual Roberto debía cogerse de las manos de aquél, porque tampoco le hubiera sido posible conservar el equilibrio sin ese apoyo. Más tarde Roberto tuvo un caballo de cartón muy bonito y de vivos colores, el cual hacía correr de una parte á otra por medio de un cordón sujeto en la peana.

No contento con esto, el niño quiso tener un caballo más grande, y á veces colocaba cuatro sillas una detrás de otra, y, sentado en un sillón, empuñaba su látigo y comenzaba á gritar; pero Roberto se cansó muy pronto al reconocer que las sillas no se movían por más que las arreara. Entonces su papá le compró un magnífico caballo de madera que se movía fácilmente en una especie de balancín, con lo cual el niño quedó satisfecho, aunque no tanto como el día que se le permitió montar en un burro.

LA NIÑA DE DOCE AÑOS

¿Quién cantará la belleza y los encantos de la niña Elena, tan linda ya y tan graciosa, aunque sólo cuenta doce años? Comparadla con las rosas cubiertas de rocío, con las flores más galanas que exhalan su perfume en el prado y en el bosque. Entonad para ella un canto de alegría y de halagüeñas esperanzas, porque está en la edad más feliz de su vida, en esa edad en que las lágrimas no han empañado aún el brillo de las mejillas, en que las penas no han lacerado el corazón. Conserva, dulce niña, tu candidez y tu pureza, con tus doradas ilusiones, y quiera el cielo que seas también feliz en el invierno de tu vida.

EL CARDÓ CAIDO

—¿Dónde vas, pobre cardo silvestre, arrastrado por el viento y sin poder detenerte en rápida carrera? ¿No ves que encontrarás á tu paso el torrente, el río ó la laguna, y que allí perecerás sin remedio?

—El viento,—contestó la humilde planta,—es el corcel en que viajo, y él me conduce al país donde la primavera me llama. Allí seré una graciosa flor, y, aunque valga poco, de algo sirvo, porque Dios no ha hecho ninguna cosa inútil.

LA PESCA DE FEDERICO

Federico era muy aficionado á la pesca, y nada le divertía tanto como este pasatiempo; pero, como en vez de anzuelo ponía en el sedal un alfiler, no cogía nunca nada.

Al fin su tío le regaló uno, con el cual se prometía coger todos los peces del estanque. El primer día que fué á pescar acompañóle su hermanita, y, terminados sus preparativos, arrojó el sedal al agua. Sentado en la orilla, con su hermanita al lado, Federico esperaba pacientemente, hasta que al fin parecióle que el corcho se hundía.

—¡Ya tengo uno!—exclamó.—¡Y pienso que será muy grande! Ayúdame tú un poco,—dijo á su hermanita,—que yo no tengo bastante fuerza.

La niña acudió presurosa y sacaron del agua el sedal; pero en lugar de un pez hallaron sólo algunas raíces.

Federico arrojó otra vez su sedal al agua, y, como creyera á poco sentir de nuevo un

peso, sacó el sedal apresuradamente: lo único que cogió esta vez fué el vestido de su hermana, en el cual se enganchó el anzuelo, arañando un poco las carnes.

Desde aquel día Federico perdió un poco la afición á pescar, particularmente porque todos se burlaban de su torpeza.

TOMÁS Y LA CULEBRA

Paseando por el bosque, Tomásito vió cierto día el nido de una ardilla en la rama de un árbol; y recordando que su hermana deseaba mucho poseer uno de estos gra-



Tomás y la culebra

ciosos animales, trepó hasta la rama á pesar de su altura. Sabía muy bien que las ardillas tienen los dientes muy agudos, y, de consiguiente, no quiso introducir la mano sin mirar antes el interior del nido. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando en vez de encontrar una ardilla vió salir de aquél una culebra negra con aspecto amenazador. Tomás no quiso

mirar otra vez, y, poseído de espanto, deslizóse por el tronco del árbol, prometiéndose no volver á buscar más nidos de ardillas.

EL GATO DE ROBERTO

La abuela del niño Roberto residía en el campo, y, sabiendo que su nieto deseaba mucho tener un gatito, envióle cierto día uno muy pequeño, encerrado en una caja en la que se practicaron agujeros para que el animal pudiera respirar.

Cuando el regalo llegó á su destino, la mamá de Roberto abrió la caja delante del muchacho, y ambos se asustaron casi al ver saltar un precioso gatito de pelaje blanco. Roberto se encariñó muy pronto con el animal, al que puso por nombre *Bola de Nieve*, y cuidóle tan bien que al poco tiempo era el gato más hermoso de la vecindad y la admiración de todos. Por su parte, el gato se mostraba muy cariñoso y seguía al niño por toda la casa como si fuera un perro.



LA ESTUFA DE PORCELANA

(Continuación)

—¡Oh, caro Hirschvögel! Me muero de frío,—dijo Augusto, besando una de las garras de león doradas que servían de soporte á la estufa.—Pero ¿no ha vuelto todavía padre, Dorotea? ¿Dónde está?

—No, prenda; tarda algo.

Dorotea era una joven de diez y siete años, morena, muy sentadita, con un rostro dulce y melancólico. Era la mayor de la familia Strehla, que se componía de diez niños. En la época en que Dorotea no pasaba de ser aún una chiquilla, tenía ya todas las obligaciones y cuidados de una mujer. Los tres chicos mayores se ganaban la vida y Augusto se la ganaba también; pero únicamente en verano, cuando iba á guardar en las montañas las vacas de los campesinos. En invierno era, por el contrario, una carga para la familia. Los otros tres, como pajaritos, no sabían sino abrir la boca para hacerse dar de comer.

Los niños pertenecían á esa raza mixta, medio austriaca, medio italiana, tan extendida en el Tirol. Los unos eran blancos como lirios; los otros, negros como italianos. El padre, un hombre de bien, era de carácter débil. No todos los días se sentía gozoso por tener tantas bocas que alimentar y tan poca cosa que poner en ellas. Ganaba algunos florines en las refinerías de sal. Decíase que habría trabajado en algo mejor, y que su familia menuda lo hubiera pasado de distinto modo, á no tener una afición tan pronunciada por la pipa y la cerveza. Pero sólo se decía esto desde que se murió su mujer. Desde aquel entonces los apuros y pesadumbres habían alterado un tanto sus pobres sesos, que nunca habían sido muy firmes, y aumentado la flojedad natural de su carác-

ter. Dorotea era una de esas niñas que llegan á hacer casi milagros á fuerza de industria, de cuidados y de inteligencia; los niños aparecían siempre limpios y alegres, y veíase siempre en la mesa, á lo menos una vez al día, una gran sopera llena de una buena sopa humeante. Y, sin embargo, eran muy pobres, y el corazón de Dorotea se henchía de vergüenza cuando pensaba en todas las deudas que su padre había contraído. Felizmente no faltaba nunca leña, porque su abuelo materno vivía aún, y, como era tratante en madera, les daba con que atiborrar Hirschvögel, no sin refunfañar contra la imprevisión y las malas costumbres de su yerno.



El gato de Roberto

—Padre ha recomendado que no se le esperara nunca,—dijo Dorotea á Augusto;—y ahora que estáis ya todos de vuelta, vamos á cenar.

La sopera, atacada á la vez por diez cucharas de palo, quedó bien pronto vacía. Entonces los tres mayores, fatigados por haber trabajado todo el día en la nieve, fueron á acostarse. Dorotea acercóse con su rueca á la estufa. Los chiquitines arrastraron á Augusto sobre la piel de lobo y le exigieron imperiosamente que les dibujara algo y les contase cuentos, porque Augusto era el artista de la familia.

Sobre una plancha de abeto que su padre le había dado, dibujaba con un

carbón los diferentes objetos que habían impresionado su vista durante el día. Cuando los rapaces lo habían mirado todo á su sabor, Augusto borraba los dibujos con el codo para comenzar de nuevo otra serie. Era la infancia del arte, porque jamás nadie le había dado consejo alguno al artista niño. Pero los chiquillos lo comprendían muy bien, reconocían al punto lo representado, y se divertían, que era lo esencial.

Cuando Augusto dibujaba no se inquietaban gran cosa por la nieve que caía fuera. La estufa les calentaba, Augusto les entretenía y eran perfectamente dichosos. Dorotea misma no podía contener la risa, y, sin embargo, pensaba con inquietud en el día siguiente.

Augusto quería la vieja estufa como hubiera querido á una persona. ¡Aque-



El gato de Roberto

lla estufa era tan bella, y luego suministraba un tan dulce calor á la pobre habitación!

Era muy alta y muy ancha, y el brillo de esmalte tenía algo de maravilloso. En cada uno de los ángulos veíanse una estatuita de rey, modelada por Hirschvögel con tanta energía y esplendor como hubiese podido desplegar en sus aguafuertes ó en sus cuadros su amigo Alberto Durero. El cuerpo mismo de la estufa estaba dividido en plafones donde estaban representadas las diferentes edades del hombre. Aquellos plafones estaban encuadrados en un marco de rosas, de yedra, de laurel y de otros follajes, y se veían proverbios y refranes en alemán. El todo estaba realzado por dorados.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca. 10. 2.º. MADRID.—Ramón Molinar: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA.